

GENARO CHIC GARCÍA
(director)

Historia de Europa

(ss. X a.C. - V d.C.)



UNIVERSIDAD DE SEVILLA
Secretariado de Publicaciones

GENARO CHIC GARCÍA
(director)

HISTORIA DE EUROPA

(ss. X a.C. – V d.C.)



Sevilla 2014

Serie: Historia y Geografía

Núm.: 277

COMITÉ EDITORIAL:

Antonio Caballos Rufino
(Director del Secretariado de Publicaciones)

Eduardo Ferrer Albelda
(Subdirector)

Manuel Espejo y Lerdo de Tejada

Juan José Iglesias Rodríguez

Juan Jiménez-Castellanos Ballesteros

Isabel López Calderón

Juan Montero Delgado

Lourdes Munduate Jaca

Jaime Navarro Casas

M^a del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado

Adoración Rueda Rueda

Rosario Villegas Sánchez

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla.

Motivo de cubierta: Fresco en el que se representa a Europa sobre el toro (Rapto de Europa) procedente de Pompeya (Museo Nacional de Nápoles, Sign. 111475).

© SECRETARIADO DE PUBLICACIONES

DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA 2014

Porvenir, 27 - 41013 Sevilla

Tlfs.: 954 487 447; 954 487 451; Fax: 954 487 443

Correo electrónico: secpub4@us.es

Web: <http://www.publius.us.es>

© Genaro Chic García (director) 2014

© Por los textos, los autores 2014

Realización de mapas:

Carmen Ana Pardo Barrionuevo y Víctor Martínez Hahmmüller

Impreso en España-Printed in Spain

Impreso en papel ecológico

ISBN.: 978-84-472-1563-8

Depósito Legal: SE 1508-2014

Maquetación e impresión: Pinelo Talleres Gráficos, S.L. Camas - Sevilla

ÍNDICE

LA FUNDAMENTACIÓN CLÁSICA DE LA IDEA DE EUROPA

Antonio Caballos Rufino

1. La búsqueda de una identificación de Europa.....	15
2. La conformación histórica de la imagen de Europa.....	19
2.1. Los orígenes del nombre	19
2.2. Los contenidos étnico y cultural del término “Europa”.....	24
2.3 La elaboración de la idea de Europa a partir de los vínculos clásicos	30
3. Europa desde el presente: una vertebración incompleta.....	33
Bibliografía.....	38

INTRODUCCIÓN

Genaro Chic García

1. Europa: un mito comunitario que se va llenando poco a poco de racionalidad estatal	41
2. Los fundamentos de la investigación de los fenómenos sociales en una visión diacrónica. Principios básicos para el estudio de la Historia	43
3. La percepción del espacio y del tiempo durante la llamada edad antigua.....	48
4. Formas de entender los fenómenos relativos al pensamiento, socioeconómicos y políticos durante la Antigüedad y sus causas	57
Bibliografía.....	67

LOS SIGLOS X A V A.C.

Adolfo J. Domínguez Monedero

1. El Egeo	70
1.1. La recuperación tras la catástrofe	70
1.2. La apertura al Oriente.....	76
1.3. La aparición de nuevas formas de estado: la <i>polis</i>	83

1.4. La expansión mediterránea de los griegos	92
1.5. Las tensiones internas en la <i>polis</i> griega.....	98
1.6. El mundo griego ante un horizonte de cambios: las amenazas externas	107
2. La Península Italiana	114
2.1. Las poblaciones itálicas: lenguas y culturas.....	114
2.2. El impacto exterior: fenicios y griegos.....	117
2.3. La aparición de estructuras estatales en el mundo etrusco- lacial.....	122
2.4. La emergencia de Roma y sus aspiraciones hegemónicas en el Lacio.....	127
3. El extremo Occidente.....	135
3.1. El poblamiento de la Península Ibérica	135
3.2. Colonizadores fenicios en el sudoeste hispánico	140
3.3. Tarteso o la primera sociedad compleja en la Península Ibérica.....	145
3.4. Cambios en el modelo económico y social: la transición al mundo púnico y los orígenes de la cultura ibérica	149
4. La Europa templada.....	153
4.1. Del mar Negro al Atlántico: movimientos de personas y de ideas.....	153
4.2. Los orígenes del mundo celta en la Europa occidental y la atracción del Mediterráneo y el surgimiento de culturas principescas.....	154
4.3. Tracios y escitas en la Europa oriental	157
5. Conclusiones.....	161
Bibliografía.....	169

LOS SIGLOS V Y IV A.C.

Eduardo Ferrer Albelda

1. Introducción. La regionalización del ámbito europeo- mediterráneo.....	183
2. La Europa mediterránea	186
2.1. El ámbito egeo.....	186
2.1.1. La ciudad griega: marco de referencia del hombre	188
2.1.2. El marco político: auge y crisis de la polis	192
2.2. La Península Itálica.....	204
2.2.1. Los etruscos	204
2.2.2. Roma y los latinos.....	214
2.2.3. Las poleis griegas de Magna Grecia y Sicilia	220
2.3. <i>Massalia</i> y los griegos del extremo Occidente	230
2.4. La <i>epicracia</i> cartaginesa en el Mediterráneo central y occidental.....	239

2.5. La Iberia mediterránea: púnicos e íberos.....	255
3. La Europa templada: celtas, hiperbóreos y escitas.....	268
3.1. Los celtas: fuentes de conocimiento.....	270
3.2. Los celtas de Hallstatt D y La Tène A y B.....	278
3.3. Los celtas atlánticos.....	285
3.4. Los hiperbóreos.....	290
3.5. Escitas y tracios.....	298
3.5. La Iberia indoeuropea.....	308
Bibliografía.....	320

LOS SIGLOS III-I A.C.

Joaquín de la Hoz Montoya

1. Europa entre los siglos III-I a.C.: una aproximación estructural.....	331
1.1. El medio y los hombres.....	331
1.2. Las sociedades.....	337
1.2.1. Grupos étnicos, jefaturas y estados tribales.....	338
1.2.2. Ciudades-estado y ligas de ciudades.....	350
1.2.3. Los reinos helenísticos.....	359
1.2.4. Roma.....	365
1.3. Los horizontes culturales.....	378
1.3.1. El horizonte helenístico.....	379
1.3.2. El horizonte itálico y la cultura latina.....	384
1.3.3. El horizonte celta y las culturas de jefatura.....	387
1.3.4. Otros horizontes culturales del Mediterráneo.....	392
1.3.5. Los grandes horizontes culturales de la Europa oriental.....	394
2. La evolución de las regiones europeas entre los siglos III-I a.C.....	397
2.1. Italia y el Mediterráneo central.....	397
2.1.1. Italia a comienzos del III a.C.....	397
2.1.2. La lucha por la hegemonía itálica (300-241 a.C.).....	399
2.1.3. Roma y la hegemonía mediterránea (241-120 a.C.).....	402
2.1.4. El inicio de la crisis tardorrepública (133-88 a.C.).....	406
2.1.5. Roma contra Roma: las guerras civiles (88-30 a.C.).....	409
2.2. La Península Ibérica.....	415
2.2.1. La Península Ibérica a comienzos del III a.C.....	415
2.2.2. La hegemonía de Cartago (237-201 a.C.).....	418
2.2.3. La imposición de Roma (201-88 a.C.).....	422
2.2.4. Hispania bajo las Guerras Civiles (88-30 a.C.).....	426
2.3. El norte de Europa.....	429
2.3.1. El norte de Europa en el siglo III a.C.....	429
2.3.2. El florecimiento del mundo de los oppida (finales del III-finales del II a.C.).....	432
2.3.3. Cimbrios, teutones y la reestructuración de Europa (120-60 a.C.).....	436

2.3.4. Las guerras de César (59-50 a.C.).....	442
2.4. El sudeste europeo.....	447
2.4.1. El sudeste europeo a comienzos del III a.C.....	447
2.4.2. Los tiempos de la hegemonía antigónida (277-217 a.C.).....	454
2.4.3. La imposición de la hegemonía romana (217-133 a.C.)	457
2.4.4. Las convulsiones del siglo I a.C.....	462
3. Fuentes literarias para el estudio de la época.....	465
Bibliografía.....	466

LOS SIGLOS I Y II D.C.

Genaro Chic García

1. Los últimos tiempos de la Edad de Oro en Roma.....	477
1.1. Un nuevo régimen para un nuevo estado.....	477
1.2. Gayo Julio César II Augusto.....	479
1.2.1. Las bases económicas de una nueva política. Oriente....	481
1.2.2. Los recursos financieros.....	487
1.2.3. El establecimiento de las fronteras.....	488
1.2.4. La paz y la política colonizadora.....	491
1.2.5. El desarrollo de la mentalidad urbana.....	492
1.2.6. La seguridad jurídica y administrativa.....	494
1.2.7. La hacienda estatal.....	498
1.2.8. El control de las mentes.....	501
1.2.9. El pueblo y su mantenimiento.....	503
1.2.10. El desarrollo de la vida moral.....	512
1.2.11. Los elementos del espíritu.....	514
1.3. La dinastía Julio-Claudia (14-68).....	524
1.3.1. Tiberio Julio César.....	524
1.3.2. Cayo Julio César Augusto Germánico.....	528
1.3.3. Tiberio Claudio César Augusto Germánico.....	530
1.3.4. Nerón Claudio César Augusto Germánico.....	537
2. La Edad de Plata.....	548
2.1. De Galba a Domiciano (69-96).....	548
2.1.1. Tito Flavio Vespasiano.....	549
2.1.2. Tito Flavio Vespasiano II.....	561
2.1.3. Tito Flavio Domiciano.....	562
2.1.4. El epílogo: M. Cocceio Nerva.....	568
2.2. La dinastía de los Ulpio-Aelios (96-192).....	569
2.2.1. Marco Ulpio Trajano.....	569
2.2.2. Publio Aelio Hadriano.....	577
2.2.3. Tito Aelio Hadriano Antonino Pío.....	584
2.2.4. Marco Aurelio Antonino.....	589
2.2.5. Lucio Aurelio Cómodo Antonino.....	596

3. Hacia la Edad de Hierro	600
3.1. El fin de una época y el comienzo de otra	600
Bibliografía	606

LA EUROPA DE ÉPOCA TARDORROMANA (SIGLOS III-V D.C.)

Enrique García Vargas

1. Europa a comienzos de la Antigüedad Tardía.....	613
2. Continuidad y cambios en la Europa romana durante el siglo III d. C.	616
2.1. Aspectos monetarios de la crisis del siglo III d. C.	617
2.2. La sociedad romana del siglo III	622
2.3. La extensión del cristianismo	625
2.4. El reforzamiento de la monarquía	628
2.5. La obra de Antonino Caracalla	629
2.6. Los sucesores	632
2.7. La militarización del imperio y la emergencia de la idea de Europa. El imperio Galo	633
2.8. El mundo urbano y el rural en la Europa romana durante el siglo III d. C.....	637
2.9. Economía y demografía: el problema del siglo III d. C.....	647
3. Los pueblos bárbaros en el siglo III d. C.....	653
3.1. Desarrollos socioeconómicos	653
3.2. Procesos de etnogénesis. Características generales y principales orientaciones teóricas.....	663
3.3. Los “pueblos” de la primera línea: alamanes, francos y godos... ..	666
3.3.1. Los alamanes.....	666
3.3.2. Los francos.....	668
3.3.3. Los godos	670
3.4. Los pueblos de la segunda línea: vándalos, sajones y burgundios	674
3.4.1. Los vándalos	674
3.4.2. Los sajones	675
3.4.3. Los burgundios	676
3.5. Otros “pueblos” no germánicos de la frontera.....	677
3.5.1. Los sármatas.....	677
3.5.2. Los alanos.....	677
4. Oriente y Occidente en el siglo IV d.C. Un mundo globalizado.....	678
5. La Europa romana.....	679
5.1. La restauración de las fronteras del Imperio	679
5.2. El oro, la plata y las grandes mutaciones económicas y sociales	683
5.3. Los cambios estructurales.....	689
5.3.1. La cabeza del Estado	689
5.3.2. Las fronteras, la estrategia militar y el ejército	690

5.3.3. El gobierno de los militares y el origen de las dinastías imperiales del siglo IV d.C.....	694
5.3.4. La reforma fiscal y sus consecuencias sociales.....	696
5.3.5. La nueva división provincial	700
5.3.6. La corte y la administración. La figura del emperador....	701
5.4. Ciudad y campo en la Europa romana durante el siglo IV d. C.	702
5.4.1. La ciudad.....	702
5.4.2. El campo.....	715
5.5. La consolidación del cristianismo latino, el primado de Roma y la primera expansión europea de la nueva fe	723
6. La Europa bárbara	726
6.1. El final de los procesos de etnogénesis de las comunidades germanas. Hacia la constitución de los primitivos estados	726
6.2. Los principales “pueblos” germanos: alamanes, francos y godos	732
6.2.1. Los alamanes.....	732
6.2.2. Los francos	735
6.2.3. Los godos	738
7. Europa en el horizonte: hacia la constitución de los reinos germánicos europeos	740
Bibliografía.....	744
SÍNTESIS.....	757
<i>Genaro Chic García</i>	
Bibliografía.....	779

ÍNDICE DE MAPAS

LOS SIGLOS X A V A.C.

Ciudades y colonias griegas del Mediterráneo Central.....	173
Ciudades y colonias griegas del Mediterráneo Oriental.....	174
Comercio etrusco y griego con la cultura de Golasecca (VII-IV a.C)..	175
Culturas de los siglos VII-VI a.C.....	176
Espacio de asentamiento de los antiguos celtas	177
Lenguas del Mediterráneo central.....	178
Principales ciudades fenicias del Mediterráneo.....	179
Pueblos centro-mediterráneos	180
Pueblos orientales	181

LOS SIGLOS V Y IV A.C.

Ciudades y colonias griegas en el Mediterráneo Oriental.....	325
Colonias griegas en el Mediterráneo Occidental.....	326
Culturas y yacimientos del centro y este de Europa en los siglos V-IV a.C.....	327
Fenicios centro-mediterráneos en los siglos V-IV a.C.....	328
Península Ibérica en los siglos V-IV a.C.....	329
Sicilia griega en los siglos V-IV a.C.....	330

LOS SIGLOS III-I A.C.

Europa Oriental entre los siglos III-I a.C.....	469
Italia entre los siglos III-I a.C.....	470
La Europa central entre los siglos III-I a.C.....	471
La expansión romana entre los siglos III-I a.C.....	472
El noroeste de Europa entre los siglos III-I a.C.....	473
La Península Ibérica entre los siglos III-I a.C.....	474
El sudeste de Europa entre los siglos III-I a.C.....	475

LOS SIGLOS I Y II D.C.

Distribución de las ciudades del Imperio romano	610
Provincias romanas	611
El periplo del mar Eritreo.....	612

LA EUROPA DE ÉPOCA TARDORROMANA (SIGLOS III-V D.C.)

El Imperio romano a principios del siglo III d.C.	750
El limes reno-danubiano y los pueblos fronterizos con el Imperio Romano hacia principios del siglo III d.C.....	751
El Imperio Romano en el siglo IV d. C.	752
Las Galias y las Germanias en el siglo IV. d.C.	753
Los diversos pueblos francos en el siglo III d.C.....	754
Expansión de la cultura de Wielbark en el siglo III d.C.	755
Las invasiones bárbaras	756

LA FUNDAMENTACIÓN CLÁSICA DE LA IDEA DE EUROPA

ANTONIO CABALLOS RUFINO

1. LA BÚSQUEDA DE UNA IDENTIFICACIÓN DE EUROPA

Frente a la irrefrenable tendencia de cada colectivo a convertir su presente en absoluto —y nosotros no somos una excepción a este respecto—, un sano punto de partida de este que concibo como discurso generalista e introductorio debe ser el de asumir que, evidentemente, ni el mundo ni la historia han comenzado, pero tampoco van a acabar con nosotros. Y lo mismo se puede decir de Europa. No estamos fuera de la historia. Con relación a Europa la coyuntura en la que estamos ni es, ni tiene por qué ser la más trascendente en su larga trayectoria. Es simplemente la nuestra, la que nos ha tocado vivir. Por lo que nos toca “hacer” Europa, como hicieron los que nos han precedido y harán los que nos sigan; eso sí, cada uno de una manera diferente.

Aquí, y echamos pie a tierra, al hablar de Europa, el problema con el que nos enfrentamos es el de la de inexistencia de tal realidad como concepto unívoco. Si lo que está en juego es una concepción equilibrada de Europa, no está de más conocer la gestación de ésta. Y es aquí donde se impone como evidencia el grado de improvisación de la actual construcción europea como intento de vertebración político-económica a partir de una entidad plurinacional. No es sin embargo algo nuevo esta manera de actuar. Winston Churchill dijo en una ocasión “Primero construyamos nuestros edificios, y después nuestros edificios ya nos construirán a nosotros”. Por esta improvisación, y los riesgos que de ella se derivan, no nos debe extrañar que, en busca de un futuro común, los europeos

Estudio llevado a cabo en el marco del Proyecto de I+D+i “Generación de elites y vertebración provincial: la Bética romana” (HAR2008-04820-C04-01) del VI Plan Nacional de Investigación Científica, Desarrollo e Innovación Tecnológica, cofinanciado por el Fondo Europeo de Desarrollo Regional. El presente texto parte del publicado con el título “¿Qué Europa? La recreación del Clasicismo como utopía necesaria. Alberto Díaz Tejera *In memoriam*” (*Espacio y Tiempo* 15, 2001, pp. 107-131). Sin estar obsesionado por la exposición de planteamientos rupturistas o radicalmente novedosos, mi objetivo aquí será meramente, desde la óptica del historiador de la Antigüedad, el de sintetizar reflexiones sobre la temática, incorporando asimismo algunos planteamientos personales.

nos sigamos interrogando incisivamente sobre nuestra propia identidad. Si, siguiendo una amplia tradición indagatoria, se vuelve al pasado en busca de una respuesta a este interrogante, surge aquí la primera cuestión: ¿hasta dónde debemos viajar en el pasado para encontrar estas pretendidas “raíces” de Europa? De nuevo, y podemos decir que siguiendo una inveterada tradición, se suele volver a ahondar hasta el pasado clásico con el deseo de encontrar allí, unos respuesta, otros, al menos, consuelo.

Una de las primeras cuestiones que recurrentemente surge y se plantea incisivamente al intelectual es la búsqueda de una identificación, de un *quid sit* de Europa¹. Se pretendería obtener con ello una definición tranquilizadora que pudiera servir de guía en la construcción de un futuro común y de unidad a los europeos. Para los historiadores no es menos comprometido que halagador el saber que para ello habitualmente se acude al pasado y a la historia, en definitiva a los orígenes clásicos de Europa. Pero, a poco que se ahonde en la idea de Europa, nos topamos con la complejidad de definir lo que hemos sido, somos y queremos, y en ajustar un proyecto de futuro con una trayectoria histórica plural y multiforme.

Europa, entendida como entidad cultural, no puede apelar a la lengua como argumento definitorio, ya que, precisamente, la diversidad lingüística es una de sus particularidades. Para una caracterización de Europa se han buscado otros múltiples argumentos, que permitan, a través de la adjetivación, una más clara identificación de Europa, lo europeo y los europeos. Así, según gustos, concepciones e ideologías se ha apelado alternativamente a términos como: la razón como fórmula de comprensión e instrumento míticamente sacralizado como fundamento pretendidamente único de los avances hacia el bienestar, el humanismo, la democracia, los valores de la ciudadanía, el individualismo, la libertad... Todos términos idealizados, moralmente positivos y tranquilizadores de conciencias, fruto tal vez sólo de un ejercicio de voluntarismo desde nuestro presente, olvidando que a lo largo de su historia en multitud de ocasiones las que han prevalecido en Europa han sido precisamente características opuestas.

Se trata así de un cajón de sastre, donde *a priori* casi todo parece caber y, donde, a poco que se profundice, surge la inquietud por la escasa firmeza de nuestro suelo. Y es que el resultado se encuentra condicionado ya desde el punto de partida, bien sea lo que se pretende encontrar²:

- una comunidad cívica donde sea posible la convivencia entre homogeneidad organizativa y heterogeneidad cultural,
- unos valores espirituales o ideológicos de humanismo y tolerancia,

1. Sobre el desarrollo de la “idea de Europa” véase R. Swedberg (1994: 378-387).

2. Con una óptica que filtraría sólo los criterios teóricos considerados hoy dignos de emulación, caracterizados así como “modelos”; frente a tantos otros hijos del mismo pasado que no podrían ser entendidos sino como “antimodelos”.

- la razón como guía y el debate de ideas y valores como fórmula, expresada en la filosofía como ejercicio intelectual propio y singular,
- las bases de una administración compleja y altamente burocratizada, por ende, dirigista y fiscalizadora, y
- una concepción democrática y próxima del poder; aunque hace mucho que, por la transformación de las instituciones políticas en suprapolíticas, operada ya en Roma, los ciudadanos nos hemos visto indefectiblemente reducidos a súbditos.

Pero, a la par, si nos volvemos al Clasicismo en busca de respuesta a nuestras interrogantes sobre las raíces de Europa, lo europeo y los europeos, es que en verdad

- ¿existe *un* “Clasicismo”?
- ¿cuál es su identidad?
- ¿a qué construcción intelectual nos estamos refiriendo?
- ¿es el Mundo Clásico el mítico “punto cero” en la gestación de Europa?, y, por tanto,
- ¿es la “Europa Clásica” la Europa más “auténtica”, el canon, el modelo a seguir? o, dicho de otra manera,
- ¿qué grado de identidad se puede constatar entre nuestra Europa y el Clasicismo mediterráneo?

Si ahondamos en la problemática, ninguna argumentación simple refleja más que parcialmente la realidad, y ninguna definición puede abarcar en su simplicidad todo el entramado tanto conceptual como histórico, y por ello también incluso sentimental, que hoy entendemos por Europa. En esta línea se ha llegado hasta el extremo de querer prescindir del inestable e indefinido término “Europa”. Así Spengler cuando en su *Der Untergang des Abendlandes* decía en 1917 que la palabra Europa debía suprimirse de la historia, al considerar el término un cascarón vacío y no encontrar ningún argumento para definir unívocamente al europeo y lo europeo. Aquí la decisión no fue inocente, como se comprobó por las consecuencias históricas de una ideología concomitante. Liberarse o adueñarse de Europa llegó a convertirse en fundamento de muchos de los excesos que acabaron ensangrentando al continente y, por extensión, al mundo durante gran parte de aquella centuria. En ello se demuestra cómo la Historia de Europa pesa, pero también en ella podemos encontrar argumentos fiables de estabilidad y futuro.

Si queremos pisar suelo firme, parecería que al final sólo podríamos refugiarnos en la geografía. Pero tampoco aquí escapamos a los problemas. Para el geógrafo los límites físicos de Europa alcanzan desde el Atlántico por el oeste, el Mediterráneo por el Sur, el Ártico por el norte, pero de forma más indefinida

hacia el este, alcanzando técnicamente hasta la línea de los Urales, el mar Caspio, el Cáucaso y el Mar Negro. Pero, ni los criterios geográficos han tenido la misma vigencia a lo largo del tiempo, ni se pueden extrapolar sin más al ámbito de la cultura. Si el Atlántico es frontera geográfica, esta frontera es culturalmente permeable en los dos sentidos. ¿Qué decir de la frontera oriental, nunca nítida y por ello fuente de indefinición, de contrastes, de discordia?

Ortega se permitía un respiro, aunque fuese provisional, cuando afirmaba que debemos ir a las cosas mismas y no obsesionarnos excesivamente por la búsqueda de “su esencia”. Máxime —añado aquí— cuando se trata de analizar una realidad histórica y, por tanto, discursiva. Y es que Europa, su ambiente, su valor y su concepto, han estado y están en permanente construcción desde la Antigüedad, en un continuo moldearse a la par de los tiempos y siguiendo su dinámica. Si el concepto de Europa ha sido continuamente cambiante en el pasado, ¿por qué lo vamos a disecar ahora? Nuestro afán por la categorización, a la par la específica forma de comprensión humana, nos puede jugar aquí, de nuevo, una mala pasada. En su camino, en su discurso histórico está la identidad de Europa. Por ello nadie mejor que el historiador para desentrañar ésta. Su tarea debe ser así la de desvelar y mostrarnos la trayectoria recorrida y los argumentos de congruencia interna que van observándose a lo largo de ésta.

En este sentido sí que Europa, como tal, conforma un caparazón que en la actualidad, a pesar de la situación de crisis económica, y a pesar de los abusos políticos y burocráticos de las actuales estructuras de gestión, que propician el desengaño, si no directamente el rechazo, sigue siendo —y no hay sino que mirar al mundo— un referente prestigioso y confortable; que necesita, eso sí, una redefinición estructural, mayores equilibrios políticos y económicos y una decidida voluntad por desempeñar el papel y asumir la responsabilidad que globalmente le corresponde. En una coyuntura en que la idea de Europa parece no dejar de declinar, es cuando con más intensidad debe proclamarse que el problema de Europa no es intrínsecamente ella misma, sino entre otras dificultades, a cuál más acuciante, la actual formulación de su gestión, sus múltiples debilidades estructurales, la elefantiasis burocrática, los oportunismos políticos, el mantenimiento de la prevalencia de las ciudadanía nacionales sobre la supranacional europea y su traducción en unos ritmos y estándares vitales tan desiguales entre Estados, la subordinación de las instituciones a los poderes políticos y económicos y su suicida introspección. Pero, ante esta situación, la respuesta no tiene que ser, no debería ser la negación de Europa, como si simplemente esto fuera ahora posible; no menos Europa, sino una reconducción de la misma. Los caminos en historia nunca se desandan y la globalización no ofrece alternativas asumibles a la tendencia a un cuerpo europeo más vertebrado, preludiado por sus soportes históricos y culturales, que conducen más allá que a una mera e imperfecta asociación económica. La intelectualidad

européa no debiera rehuir su responsabilidad en este sentido, debiendo ser el logro de un rearme moral culturalmente sustentado el objetivo primero y el soporte prioritario de la unión europea.

Retomando la línea argumental, por su propia elasticidad Europa ha identificado a lo largo de la historia a diferentes inquilinos. Europa es un término que ha ido sirviendo para arropar, con una apariencia de continuidad, una dinámica histórica compleja y plural. La realidad de quienes se asumen o han sido conceptuados como europeos a lo largo de los tiempos ha variado y, si se me apura, sustancialmente, en un proceso de progresiva incorporación de quienes antes se entendía como contrarios y, en no pocas ocasiones, también de exclusión de quienes hasta hacía poco compartían una misma identidad. Aquí los criterios culturales puros de poco pueden valer ante el embate del tiempo.

2. LA CONFORMACIÓN HISTÓRICA DE LA IMAGEN DE EUROPA

2.1. Los orígenes del nombre

La gran mayoría de quienes se han acercado al estudio de los orígenes clásicos de Europa han analizado tres realidades diferentes

- a) La etimología del nombre.
- b) Su contenido geográfico.
- c) La concepción antropológica y la ideologización del término.

Si, por razones de especialización, es explicable este abordaje compartimentado³, a la hora de buscar una más profunda explicación histórica interesa entender tanto el diferente ritmo con que evoluciona cada nivel de comprensión del término, como, sobre todo, los vínculos entre ellos.

Europa es, primero, un nombre, y un nombre que surge en la Antigüedad. Inquietud del filólogo es la de entender la génesis del término, en función de ella

3. Así, por ejemplo, en los siguientes repertorios y obras de referencia: *Europe. 1) Mythologisch*, en RE 6.1287-1298 (Escher) y *Europe. 2) Name des Erdteils*, en RE 6.1298-1309 (Berger); E. Olshausen, s. v. *Europe* (geografía) en *Der neue Pauly* 4.290-4.293 (Stuttgart 1998) y R. E. Harder, s. v. *Europe* (mitología) en *Der neue Pauly* 4.293-294 (Stuttgart 1998); H. v. Geisau, s. v. *Europe. 1* (mitología), en *Der kleine Pauly, Lexikon der Antike*, 2.446-448 (Munich 1979) y H. Treidler, s. v. *Europe. 2* (geografía), en *Der kleine Pauly, Lexikon der Antike*, 2.448-449 (Munich 1979); H. J. Rose y J. R. March, s. v. *Europa* (mitología), en *The Oxford Classical Dictionary*, 3ª ed., Oxford 1996, p. 574; y E. H. Warmington y S. Hornblower, s. v. *Europa* (geografía), en *The Oxford Classical Dictionary*, 3ª ed., Oxford 1996, p. 574. Sin embargo J. A. Hild realizó un tratamiento unitario de la temática en el *Dictionnaire des Antiquités Grecques et Romaines*, de Ch. Daremberg y Edm. Saglio, Graz 1969 (reimpresión de la edición original de París 1892), T. II, 1ª parte, pp. 862-865, s. v. *Europa*.

su significado y, como en todo fenómeno cultural, la evolución experimentada a lo largo de los tiempos; inquietud que comparte con el historiador.

Europa se documenta como nombre personal, y no sólo de carácter individual, pues tanto en Creta como en Beocia es sobrenombre de Démeter y otras diosas. En una lista de divinidades marinas en la Teogonía de Hesíodo⁴ se cuentan una Europa y una Asia en el listado de las Oceánidas. Naturalmente que estos nombres no le pasaron desapercibidos a Herodoto, quien ya se preguntaba por la relación que pudiera existir entre estas diosas y las partes de la tierra⁵. Interrogante sobre la vinculación entre topónimo y antropónimo que hoy se mantiene.

El nombre “Europa” se halla asimismo ampliamente documentado como topónimo⁶. Varias ciudades⁷ y un río⁸ portan este nombre. Pero el valor del término como designación territorial se fue conformando y ampliando a lo largo del tiempo, al compás de la configuración histórica de Grecia y de la ampliación de los conocimientos geográficos. Aquí historia, geografía y cultura, con sus diferentes ritmos, fueron interfiriéndose y complementándose, aportando sus diferentes perfiles, no siempre armonizables, a la concepción de Europa.

Si nos remontamos al siglo VII a. C., en pleno proceso de maduración del mito, su correlato geográfico dista aún mucho de estar perfilado en la dirección habitual en la que situamos espacialmente el término. En el himno a Apolo que se ha atribuido a Homero⁹ se designa con el término Europa a la Grecia Central, en contraposición al Peloponeso y las Islas. En Herodoto¹⁰ se dice expresamente que los persas atravesaron Europa, que equivaldría así al norte de Grecia: Tracia y Macedonia, para llegar a la Hélade. Y, en la misma dirección, la designación de Europa para una parte de Tracia se mantuvo durante toda la Antigüedad¹¹.

Los problemas comenzaron cuando, al hilo de la gran colonización griega, se fueron ampliando por el norte los territorios incorporados a la órbita comercial griega. Entonces se vio que el *Pontos Euxinos* era un enorme lago interior, por lo tanto cerrado hacia el este. De tal manera que este accidente geográfico dejó de ser frontera para convertirse en nexo, por lo que dejaba de existir una linde nítida entre Europa y Asia.

La división dicotómica del mundo conocido entre Europa y Asia y, por ende, el contraste entre ambas lo vemos expresado ya hacia el 500 a. C. en

4. 357 y 359.

5. IV 45.

6. Sextus Rufius, *Breviarium* 9.

7. Una ciudad en Tesalia (Estrabón 7, 327) y dos en Macedonia (Tucidides 2, 100, 3; Plinio, *NH* 4, 34 y Ptolomeo 3, 12, 21).

8. Estrabón 9, 441.

9. Pseudo Homero, *Himno a Apolo*, vers. 251 y 291.

10. VI 43, VII 8 y VII 185.

11. Amiano XXII 8, 7; XXVII 4, 12.

Hecateo de Mileto¹². Y esta organización bipartita la seguiremos encontrando durante el resto de la Antigüedad, en la forma de contraste entre Oriente (Asia) y Occidente (designación que comparten los territorios entonces conocidos de nuestras Europa y África). La fácil evidencia del movimiento del sol llevó a la designación de Levante y Poniente, con lo que Europa fue descrita como el país del crepúsculo, la región de las sombras en Hesiquio y otras metáforas similares.

Será en un ambiente culturalmente diferente en el que vamos a encontrar los argumentos más ampliamente utilizados con posterioridad para explicar una estructura, no ya dual, sino tripartita de la ecúmene. En la tradición judía recogida en el Génesis fueron tres los hijos de Noé —Sem, Cam y Jafet¹³—, que recibieron el mandato divino “Creced, multiplicaos y poblad la tierra”¹⁴. Pero en la órbita griega también encontramos una organización tripartita de la ecúmene, distribuida en Europa, Asia y Libia, en Herodoto¹⁵.

Esta tradición se fue progresivamente transformando y perfilando tras la conversión del Mediterráneo en un *mare nostrum* o *mare internum*. Es así que, por ejemplo, en Flavio Josefo¹⁶, significativamente a caballo entre las tradiciones judías y las helenísticas, encontramos claramente expresada esta división del mundo entre semitas al este, camitas al sur y jafetitas al oeste. Eusebio por su parte justifica la ecumenidad del Concilio de Nicea del 325 d. C. al haber reunido obispos de las tres partes del mundo.

En todo caso, como se va viendo, estamos ante conceptos que se fueron perfilando y adquiriendo caracteres más definidos con el paso del tiempo. La ampliación de los conocimientos geográficos trajo aparejada la extensión de los correspondientes términos geográficos. Y ello tanto para Europa, como para Asia y África.

Desde Tracia, su ámbito originario, el concepto Europa fue designando áreas cada vez más amplias, en dirección hacia el occidente y el norte. Si la arribada al Atlántico supuso un *finis terrae* por esta dirección, el extremo norte, más allá del territorio de los germanos, permaneció durante toda la Antigüedad como *terra incognita*, creyéndose a la par que el océano constituía también una frontera por el norte. Se suponía así que el Mar del Norte se unía con el Índico.

Lo mismo podemos decir del caso de Asia, que en un primer momento se usó para designar un pequeño territorio hacia la Lidia¹⁷, para luego designar al Asia Menor. También de África. El nombre sirvió primero para denominar el

12. F. Jacoby, *Die Fragmente der griechischen Historiker* I A, 1957, pp. 16 ss.

13. *Gen.* 5,32; 6,10; 9,18.

14. *Gen.* 9,1. Las dinastías de los descendientes de los hijos de Noé en *Gen.* 10.

15. 4, 42.

16. *Antiquitates* I 6.

17. El *Asios leimón* (los campos asiáticos) de Homero (*Iliada* II 461). Este término parece que debe identificarse con el hitita *Assuwa*.

territorio inmediatamente al sur de Cartago. Con la Segunda Guerra Púnica y, con ello, por un mejor conocimiento geográfico, acabó por referirse genéricamente al continente africano o, al menos, a lo que de él se conocía. El viejo término Libia¹⁸ acabó, por contra, designando finalmente sólo a la región de la Cirenaica.

Tras el análisis, obligadamente sucinto, del contenido geográfico en la Antigüedad, paso también muy apretadamente a trazar algunas líneas sobre Europa como referente mítico. Es generalmente conocido lo que tradicionalmente se decía de los orígenes y la historia mítica de Europa, una historia cuyas raíces podemos rastrear documentalmente al menos hasta comienzos del siglo V a. C. Las *Metamorfosis* de Ovidio nos transmiten una bellísima versión de ésta. Poseidón y Libia habían concebido dos hijos mellizos: Agenor y Belo. El primero, abandonando su patria natal, Etolia, se estableció en Canaán, donde acabó casándose con Telefasa (para otros Argiope, Kassiopeia o Perimede). Engendraron cinco hijos, Cadmo, Fénix, Cílix, Taso y Fineo, y una hija, nuestra Europa. Zeus se enamoró de la belleza de Europa e ideó la siguiente estratagema para conquistarla. Una vez que Hermes hubo llevado por encargo suyo los ganados de Agenor a la costa de Tiro, Zeus se metamorfoseó en un toro blanco. Europa, que estaba recogiendo flores a la orilla del mar, se dejó seducir por la belleza y mansedumbre del animal. Jugando con él, acabó sentada a su grupa. El toro se introdujo en el mar y condujo a la asustada Europa a través de las aguas hasta desembarcarla en Gortina, en la isla de Creta. Allí Zeus se transformó en águila, bajo cuya apariencia yació con Europa, de la que engendró a tres hijos, Minos, Radamanto y Sarpedón.

Monedas de Gortina del siglo V a. C. se hacen eco de esta tradición. Allí se rendía culto a Europa como Hellotis. En la proximidad se hallaba el plátano bajo el que se decía que habían yacido Zeus y Europa. La segunda tradición de vinculación espacial del mito es con Beocia, donde se muestra la cueva en la que presuntamente Zeus había escondido a Europa. Allí existió, como vimos, con antelación a su vinculación con el mito, una diosa de la tierra de nombre Europa. En todo caso estas tradiciones fueron pronto compartidas por otros, de tal manera que contamos con muy antiguas representaciones plásticas de Europa tanto en Corinto, como en las metopas del templo S de Selinunte.

El resto de la historia es la de la búsqueda de Europa por parte de los hijos de Agenor, siguiendo cada uno de ellos un camino diferente. Y aquí es donde múltiples ambientes espaciales distintos se incorporan al mito:

- Fenix partió primero hacia el oeste y, de allí, volvió a Canaán, que de él recibió el nombre de Fenicia.
- Cilix marchó al país de los hipaqueos, de él Cilicia.

18. En la forma y con el contenido que ya encontramos en Herodoto (II 16 y IV 46).

- Fineo a Tinia, península que separa el Mar de Mármara del Mar Negro.
- Taso a Olimpia.
- Cadmo, el mítico fundador de la ciudad de Tebas en la Beocia, a Rodas.

Se han realizado multitud de interpretaciones positivistas de este mito. En época imperial romana se aceptaba esta estrecha vinculación de Europa con Oriente, de ahí que en monedas imperiales de Tiro y Sidón se representara a Europa recogiendo flores o a Europa sobre el toro; e incluso tardíamente se llegó a confundir a Europa con Astarté. Trabajar bajo estas premisas resulta, qué duda cabe, un ejercicio entretenido¹⁹; pero poco operativo y engañoso si lo que queremos es encontrar explicaciones históricas fiables. Son tres los argumentos que nos obligan a apartarnos de este tipo de elucubraciones:

- a) Uno de carácter teórico, en relación con las fórmulas de surgimiento y progresiva gestación del mito²⁰. Su aparición corre pareja al desarrollo de la conciencia de pertenencia a la colectividad de los griegos. Conciencia que se origina por la constatación de una serie de elementos culturales comunes, entendidos como argumentos definidores por el colectivo, se afirma por la conciencia de pertenencia a un tronco común y se refuerza por el contraste con otros, a los que se conceptúa como diferentes. Entre las primeras manifestaciones de esta conciencia común se cuenta el desarrollo de una serie de mitos identificadores.
- b) Un segundo argumento se basa en lo que diremos del origen no semítico, sino genuinamente griego del término, así como su uso como topónimo de muy antiguo en Grecia.
- c) Por último, hay que tener en cuenta que no hay nada en la vieja tradición religiosa fenicia que avale estos planteamientos filosemíticos para el origen del mito de Europa.

La de la etimología no es sólo una cuestión anecdótica; ni el hecho de si la raíz del término es semítica o griega, aunque no nos podemos detener ahora

19. Un ejemplo de toda la argumentación desarrollada en un libro de divulgación, de amplísimo uso, el de R. Graves sobre *Los mitos griegos* (Madrid 1985 —traducción del original inglés de 1955—, 1, p. 242): 1. ...Agenor es el héroe fenicio Cbnas, que aparece en el Génesis como Canaán. La dispersión de los hijos de Agenor parece registrar la huida de tribus cananeas a comienzos del II milenio por la presión de arios y semitas. 2. ...Europa significa "rostró ancho", sinónimo de luna llena, y es un título de las diosas Lunas Démeter en Lebadea y Astarté en Sidón... 3. La violación de Europa por Zeus, que registra una anterior ocupación helénica de Creta...

20. Las características que queremos destacar aquí son que se trata de un producto social, plurigenético, elaborado por el procedimiento formulario y transmitido oralmente. La formulación escrita es la vía por la que llegamos a conocer, no el mito, sino sólo su expresión disecada. Es únicamente por su expresión literaria, habitualmente en forma de una secuencia narrativa, por lo que el mito se confunde con la historia.

excesivamente en ello. En tiempos se había supuesto que por esta vía existía una presunta y estrecha vinculación con el mundo fenicio. Según una vieja tradición, actualmente y desde hace ya bastante abandonada, el nombre Europa derivaría del semítico *ereb*, con el sentido de “atardecer” y, por extensión, Occidente. Pero, en su análisis de la cuestión para la *Real-Enzyklopädie der classischen Altertumswissenschaft*, ya Berger se decantó por excluir un origen semítico del nombre. El término no sería de ninguna manera de origen oriental, sino genuinamente griego. Todavía con dudas se manifestaba Celestina Milani, aunque en todo caso ésta asumía absolutamente que, desde el punto de vista formal, se trataba de un nombre griego. Lo que dejaba abierta era la posibilidad de que éste procediera de una transcripción o interpretación griega de un nombre de origen fenicio. Sin embargo, con relación a esta consideración, su argumentación partía de una premisa errónea: que el mito de Europa era de origen semita. En realidad, como ya vimos, se trata por el contrario de un mito griego, aunque situando el origen de los personajes en Asia. Más recientemente, a partir de los trabajos de Dombrowski desarrollados sobre sólidas bases lingüísticas, Ferdinando Luciani ha sido tajante al respecto: no existe base ni lingüística ni histórica ninguna para suponer que la voz “Europa” proceda de una raíz semítica. Por este medio nada, por tanto, de la vinculación Oriente-Occidente con la que se quiere justificar una determinada génesis de la cultura y, por ende, de la propia designación de Europa. Eso sí, como dijimos, resta la dificultad de saber si en verdad se trató en origen de un nombre de mujer, y si fue así cómo se realizó el paso a un nombre geográfico, o bien si el proceso fue precisamente el opuesto.

En todo caso, el que sigan existiendo múltiples interrogantes acerca del origen del término no resulta estéril, sino, precisamente, explicador de una dinámica, de las dificultades de adaptación de un mismo término a realidades cada vez más amplias y cambiantes; donde la dicotomía inicial se ve sustituida o se hace más compleja por la incorporación de otras dicotomías; donde se hace cada vez más difícil incorporar entre “los nuestros” a gentes tan dispares y heterogéneas, mientras resulta cada vez también más difícil seguir satanizando a los otrora “diferentes”, a los que cada vez se va viendo como más próximos.

2.2. Los contenidos étnico y cultural del término “Europa”

Como correlato de la concepción geográfica y la etimología, otros argumentos de interés se refieren a los contenidos culturales y sociológicos del término. Si el análisis de los orígenes de Europa es el tema concreto que ahora nos ocupa, éste se enmarca en la comprensión de una cuestión más genérica, por universal y eterna en los comportamientos colectivos: el proceso por el que se lleva a cabo la vertebración de individuos en sociedades y las de éstas en colectividades

cada vez más amplias, más globales y abarcadoras, donde el conflicto entre individuo y grupo se hace cada vez más crítico.

Este proceso de agrupación o vertebramiento exige que los miembros del grupo acepten, tácita o expresamente, compartir una identidad colectiva más abarcadora. Dos son las vías complementarias por las que se puede reforzar la autoconciencia de identidad propia. La primera pasa por el convencimiento o la intuición de compartir una misma trayectoria histórica, la pertenencia a un tronco común. Aquí, o bien se acude a un conocimiento de las vicisitudes históricas por las que han discurrido las sucesivas comunidades humanas que tienen su nexo de unión en la coordenada temporal, o bien se asume o se crea este referente de unidad en el pasado. La segunda vía de reforzamiento de la identidad colectiva pasa por la asunción de la existencia de “otros”, conceptuados como diferentes, por el contraste con las fórmulas de comportamiento que se asumen como propias y específicas. En la misma línea, como otra cara de la misma moneda, por el reforzamiento de los elementos diferenciadores, bien se puede llegar a estigmatizar al ajeno como enemigo, bien plantear como objetivo la integración en unidades de vertebración social más amplias, mediante la búsqueda de nuevos elementos más globales de sintonía.

Occidente ha asumido tradicionalmente un papel activo en la idealización de lo propio y en la demonización del contrario, y eso aún contando con las desiguales oportunidades en la transmisión documental. Que se sepa, sólo se ha podido rastrear un caso en el que la imagen clara y rotundamente se invierte: en el libro tercero de los *Oracula Sibyllina*²¹, donde se caracteriza a Asia como la tierra de las bienaventuranzas y a Europa como la de la *hybris*. Pero se puede encontrar una clara explicación de esta aparente anomalía: los quince libros que los contienen fueron redactados por judíos o cristianos, haciendo volverse contra el paganismo a un personaje tan significativo como la propia Sibila.

Fue Estrabón quien posiblemente haya hecho más por una caracterización etnológica que está en la base de muchas de las líneas argumentales que han impregnado desde entonces la idea de Europa. Las implicaciones políticas de estas fórmulas etnocentristas, en la línea tradicional de los tópicos patrióticos, han guiado en gran medida el discurrir de la historia de Europa desde entonces. Frente a las otras partes de la tierra dice Estrabón de Europa que “es la mejor dotada por las cualidades de sus hombres y por sus gobiernos, y la que proporciona a las otras regiones la mayor parte de sus propios bienes”²². Y Estrabón no es el único: Varrón, Dionisio de Halicarnaso, Plinio el Viejo,... no hacen sino coincidir con esta visión.

21. J. Geffcken (ed.), *Oracula Sibyllina*, 1902, III 350 ss.

22. Estrabón II, 5, 26.

Si profundizamos, no más seguros nos sentimos a la hora de intentar definir a los europeos. Si se pretende seguir manteniendo la cuestión así enfocada, una doble vía se nos abre. Primero habría que caracterizar a los europeos, describir a quiénes entendemos como tales, cumpliendo unas condiciones establecidas teóricamente *a priori*. Luego, como prueba y corroboración de los resultados, actuando por negación, quedarían excluidos quienes no cumplieran las condiciones y no reunieran los requisitos que se entienden como propios, característicos, e, incluso, exclusivos de los europeos. Y aquí, en esto último, topamos con un escollo difícilmente salvable: las interacciones entre los conceptos de europeo y occidental²³. Si en la geografía tal vez pudiéramos encontrar una solución, cuando acudimos a argumentos culturales, ésta de nuevo se nos vuelve bastante menos definitiva de lo que por adelantado pudiera parecer. Otra vez nos movemos aquí en ámbitos explicables en términos de evolución y dinámica; terreno por lo tanto abonado e idóneo para que el historiador lo convierta en objeto específico de análisis.

Vuelvo así a otra de las grandes ideas centrales en la argumentación que estamos siguiendo, la de que Europa es una construcción histórica, renovada, renovable y tan lábil que es capaz de adaptarse a circunstancias cambiantes. Su virtualidad, y también los riesgos y las posibilidades de su ideologización, están por tanto en su indefinición, su maleabilidad. Y es que en gran medida resulta una construcción inconsistente, que no aguanta el asalto de la crítica histórica. Europa, surgida como mito, no ha dejado de serlo. Aún hoy goza de todos los caracteres del mito. De ahí su valor, su papel de guía, su capacidad de renovación e, incluso para bastantes todavía, de ilusión colectiva. Y es que precisamente en su indefinición, en su maleabilidad, en su atemporalidad está gran parte de su fuerza.

Los que en un tiempo fueron conceptuados como bárbaros, al siguiente lo fueron como los más civilizados, y a la inversa. Incluso muchos de los primitivos teóricos en los que surgen los primeros argumentos de una tradición sobre Europa son de origen oriental. ¿Cómo enfrentar ideológicamente a griegos con troyanos en este conflicto ideológico entre Occidente y Oriente si ambos son hijos de la misma madre? De ninguna manera puede sostenerse la equivalencia entre las dicotomías Oriente-Occidente y bárbaros-civilizados. Tampoco las fórmulas políticas entran en la configuración de la antítesis. ¿Qué decir de los latinos que justifican, entre otros argumentos, su predominio en sus orígenes troyanos, esto es, orientales? o, mucho más adelante y en sentido contrario, ¿qué decir del hecho de que, tras la desmembración del Imperio romano, la parte oriental, con

23. Europa ha ido extendiendo la idea de Europa fuera de Europa (*cf.* A. Demandt 1998: 155). Véase lo que expondremos más adelante sobre el tema.

Grecia, cuna de la idea de Europa, o la misma Tracia, patria del término, fueran, como parte del Imperio bizantino y luego del Imperio turco, excluidos de las nuevas identidades europeas?

Parece pertinente llevar a cabo ahora un rápido recorrido diacrónico. Tras la hecatombe que supuso el colapso del mundo micénico, la conciencia de comunidad por parte de los griegos, incluso desde el punto de vista cultural —no digamos desde el político, nunca plenamente conseguida hasta la integración en la romanidad—, fue un proceso dilatadísimo en el tiempo. De ello ya se dio cuenta Tucídides²⁴, cuando observó que en Homero no existía ningún nombre genérico ni para los helenos, ni incluso, por negación, para los bárbaros.

El término genérico para describir conjuntamente a los griegos surgió precisamente en la época de las Guerras Médicas, como no podía ser menos en un momento de exacerbación del sentimiento de comunidad resultado del enfrentamiento con el enemigo común; y, por tanto, de reforzamiento de lo que hoy —para los nacionalismos secesionistas, que buscan la exacerbación política a partir de la manipulación histórica y donde este término se utiliza espuriamente como criminosa fórmula de insolidaria disolución— se designa como “el elemento diferencial”. Así, y por primera vez, el dualismo Europa-Asia, que hasta entonces había sido fundamentalmente geográfico, se cargó ideológicamente. Ésta sería sólo una constatación historiográfica, si no fuese porque en ella comienza a rastrearse una determinada ideologización de la concepción de Europa. En Homero, evidentemente, los griegos son rubios²⁵, los troyanos no; y Herodoto ya presenta la Guerra de Troya como un antecedente de las guerras contra los persas²⁶.

En “Los persas” de Esquilo, datable en 472, el señor de Asia es el rey de los persas, pero sus enemigos no son los “europeos”, sino sólo los helenos o los jonios. Únicamente en el momento en que los griegos fueron representados como los europeos por antonomasia fue posible una confrontación ideológica entre Europa y Asia. Así Herodoto²⁷, Isócrates²⁸, Diodoro²⁹, Virgilio³⁰ y Juliano³¹, por poner algunos ejemplos, llevando esta ideologización al pasado, consideraban la Guerra de Troya como un conflicto entre Europa y Asia. Más aún, personalizando, un epigrama anónimo³² presenta la lucha entre Menelao y Paris como un

24. I 3.

25. Menelao, Aquiles y Ulises: *Iliada* III 284; I 197; y *Odisea* XIII 399.

26. Herodoto VII 50 y VIII 108 s.

27. I 4.

28. *Helena* 51.

29. XXXVII, 1.

30. *Eneida* VII 223 s.; X 91.

31. *Caesares* 320 D; *Himerios* 14,3.

32. *Anthologia Graeca* IX 475.

duelo entre Europa y Asia. El que Filipo diese a una hija suya el nombre Europa no resulta, por tanto, ni gratuito, ni inocente.

Tras el período clásico, cuando se desarrolló una vinculación, ya no abandonada, entre el Clasicismo y la idea de Europa, la expedición de Alejandro, representada como una guerra de Europa contra Asia, supuso un salto cualitativo en el proceso de vertebración europea. El segundo, si el primero fue la identificación de Europa con el Clasicismo, a través del protagonismo de Grecia.

A la par el Helenismo impidió el mantenimiento de una vieja idea excluyente de Europa que la conquista y la permeabilidad cultural hacían inviables. Los argumentos en los que se había basado una primera idea de Europa y lo europeo se volvieron entonces inconsistentes.

Fueron las gentes del Levante mediterráneo quienes extendieron la idea de Europa al oeste, pero habrían de ser los occidentales quienes, en el proceso de conformación de una Europa cada vez más plural y abarcadora, llevaron a cabo lo que podemos calificar como tercer gran estadio en el proceso de integración. El modelo será Roma y su Imperio. En las raíces de Europa el Imperio romano, como órgano supranacional integrador caracterizado por su exclusivismo político hegemónico, las tendencias autocráticas, los inmensos recursos económicos, militares y burocráticos disponibles y su peculiar estructura social piramidal, vertebrada y abierta a la integración, junto a su labilidad cultural, religiosa y étnica, será quien haga compatible las tendencias a la homogeneización con el mantenimiento de rasgos individualizadores en cada una de las provincias que lo componían.

Con la conquista de las provincias orientales por parte de Roma se quebraron las antiguas fronteras geográficas y políticas. Que nadie piense por ello que asimismo desapareció la confrontación ideológica. Los conceptos Occidente-Oriente, Europa-Asia mantuvieron e incluso avivaron su potencial. Nada más evidente, por ejemplo, que la utilización de esta confrontación como recurso ideológico en la propaganda desarrollada por Augusto y su *entourage* contra la pareja Antonio-Cleopatra. En esa misma línea se manifestaron, por supuesto, Virgilio³³, Propercio³⁴, Horacio³⁵ o Plutarco³⁶.

Mientras tanto un cambio se fue operando. Los romanos, como realidad histórica heredera, integradora y, a la par, superadora del pasado helenístico, disponían de una mayor capacidad operativa en ese proceso de vertebración mediterránea en función de su mayor potencial de autoafirmación y difusión ideológica. El corazón de Europa ya no será más Grecia, sino Italia, convertida

33. *Eneida* VIII 685 ss.

34. IV 6, 19.

35. *Carmina* I 37, 21.

36. *Pirro* 12.

así en la más europea de las tierras de Europa, y, dentro de Italia, Roma, la Urbe por antonomasia, *caput mundi*. Fruto de la conquista, el Imperio Romano —fermento y concreto referente de Europa— resulta de la vertebración que conforma una realidad suprapolítica plasmada en una nueva concepción universalista de la ciudadanía amparada ideológicamente por la *maiestas populi Romani*.

Por su parte el Cristianismo transformó las bases ideológicas del Imperio por la ruptura de la *maiestas populi Romani* y la incorporación de la trascendencia —ἡ βασιλεία ἡ ἐμὴ οὐκ ἔστιν ἐκ τοῦ κόσμου τούτου³⁷—. A la par aportó una idea de simbiosis Oriente-Occidente que habría de ser a partir de entonces uno de los argumentos teóricos básicos en la conformación de una nueva Europa y, por sus raíces judías, acabó por incorporar la idea del progreso como algo intrínsecamente positivo, una concepción lineal y no cíclica de la historia.

Los ensayos, por lo demás con tanto éxito editorial, de Rémi Brague³⁸ o, con pretensiones más científicas, de Werner Dahlheim³⁹, tienen en común, tanto su enfoque de la problemática, a la búsqueda de unas raíces unívocas para Europa, como el papel asignado al cristianismo. Para el primero desde una visión genetista y multicultural, donde intervienen como fermentos judaísmo e islamismo; para el segundo con la visión del puritanismo que reivindica la recuperación de los valores del cristianismo como eje vertebrador y guía espiritual para una nueva Europa. Más recientemente George Steiner, en su exitoso ensayo *La idea de Europa*⁴⁰, insiste en esta línea al afirmar que “Ser europeo es intentar conciliar, moralmente, intelectualmente y existencialmente los ideales, las reivindicaciones y las praxis contrapuestas de la ciudad de Sócrates y la ciudad de Isaías”.

Con el desmembramiento político del Imperio Romano apuntaron tres realidades plenamente definidas en el siglo VII d. C.: el Imperio bizantino, el Imperio musulmán y el reino de los francos. Paradójicamente, si atendemos a la primitiva noción de Europa, fue este último el que asumió la herencia de Roma, por consiguiente la de Europa, reclamando para sí en exclusividad sus valores, con la justificación de que enarbolaba la bandera del cristianismo⁴¹. Pero, en realidad, con el reino de los francos y sus herederos acabaron incorporándose a la noción de Europa los valores del germanismo. Si bien el concepto de lo europeo se fue con ello acercando cada vez más a lo que hoy entendemos geográficamente por Europa,

37. ΤΟ ΚΑΤΑ ΙΩΑΝΝΗΝ ΕΥΑΓΓΕΛΙΟΝ 18, 36 (*Evangelium secundum Ioannem* 18, 36: *Regnum meum non est de mundo hoc, i. e.*, “Mi reino no es de este mundo”).

38. R. Brague (1995).

39. W. Dahlheim (1998).

40. G. Steiner (2005).

41. Nada más significativo que la designación de Carlomagno como *Rex Pater Europae* por el poeta cortesano Angilberto, su yerno; o la leyenda *Karolus Imp. Aug.*, junto a la representación del emperador con *toga praetexta*, corona de laurel e ínfulas, símbolo de inviolabilidad, en sus acuñaciones, expresiones todas ellos mimetizados de Roma.

esto pudo lograrse sólo a través de una nueva mixtificación. El proceso se repetía. La antigua idea de Europa, llevada al norte por Roma, allí fructificó y habría de ser en ese ámbito donde se generaron energías e iniciativas en la conformación de una nueva Europa, incorporando a la par valores nuevos.

Pero no fue ése el único cambio operado. La división del Mediterráneo tras la expansión musulmana entre norte y sur supuso excluir ambientes que habían sido desde hacía mucho parte sensible de la idea de Roma y, por ende, hasta entonces de la de Europa. Por ello la nueva Europa que entonces fue surgiendo, fruto en gran medida del sentimiento de identidad que nace del enfrentamiento contra orientales y africanos, simbolizada en los valores del cristianismo que las Cruzadas como empresa paneuropea representan, se fundamentó sobre bases geográficas, históricas y culturales distintas a las que la habían caracterizado con antelación. En todo caso Europa, ahora manifestada tanto en el Papado como en el Sacro Imperio, no sólo seguía viva⁴², sino que en esta inconsistencia identitaria frente al pasado basó su renovada vigencia⁴³.

2.3 La elaboración de la idea de Europa a partir de los vínculos clásicos

El Renacimiento, sin suponer una cesura histórica, ideológicamente asumió como principio programático la ruptura con su pasado histórico inmediato. Con ello lo que hizo fue, queriendo identificarse con el Clasicismo, situarlo en un tiempo pasado, o más precisamente en un mundo ideal, definido con todos los rasgos del mito. Aquí estriba, desde mi punto de vista, el planteamiento más profundamente revolucionario que a este respecto aportó el Renacimiento.

La identificación con todo el pasado europeo había sido asumida como una vivencia hasta el Renacimiento. A partir de entonces, como reelaboración intelectual, se estableció una frontera y se compartimentó la historia de Europa. Es así como el Clasicismo se convirtió en ideal, siendo a partir de entonces, y hasta hoy, soporte y raíz espiritual de una imagen idealizada de Europa. Esa sólo parcial asimilación de Europa con el que había sido el antiguo espacio de expresión del Clasicismo, junto a su idealización, constituyen así dos significativas mixtificaciones en la identificación de las raíces clásicas de Europa.

En el Renacimiento se volvió al mundo clásico de una forma militante, en lucha contra el inmediato pasado, al que se calificó de bárbaro y oscuro —así Petrarca—, un intermedio medieval, entre dos etapas, la Clásica y la que por entonces se alumbraba, ambas unidas por unos valores humanísticos que se entendían comunes. La herramienta intelectual para evidenciar esos valores morales y

42. *Cfr.* M. Á. Rodríguez de la Peña (2009).

43. Resulta muy elocuente al respecto el desplazamiento del Imperio Bizantino del centro de gravedad que le correspondería por herencia directa, pero que su escora hacia Oriente imposibilitaba.

estéticos fueron la Filología y la Historia del Arte; que no propiamente entonces lo que hoy designamos específicamente Historia de la Antigüedad, como interpretación globalizadora, o, desde el análisis de la cultura material, Arqueología, surgidas como disciplinas científicas sólo con posterioridad.

El Renacimiento elaboró una imagen de la Antigüedad clásica estática, anquilosada, caracterizada por la simplificación y la generalización y donde primaban los valores estéticos. A partir de entonces los europeos hemos vuelto recurrentemente, en momentos de crisis, a un Clasicismo construido ya por entonces como argumento y referente de regeneración.

Un salto cronológico adelante. Si el Humanismo y los valores estéticos justificaron el entusiasmo del Renacimiento, la Ilustración transformó en erudición ese anterior entusiasmo. También con su vertiente utilitarista. El ideal clásico fue usado así, en reivindicación del papel de la razón, como instrumento revolucionario por Robespierre y los suyos. Vivir lo clásico como propio es lo que se ha hecho recurrentemente, tomando aquél como modelo de comportamiento. Muchos, por este medio, han llegado a hacerse más clásicos que los propios clásicos. Así, *e. g.*, Goethe o Winckelmann. Con lo que el pasado clásico, por la evocación de una imagen nostálgica de éste, experimentó una especie de renacimiento espurio.

La idealización y el protagonismo que se le ha dado al Clasicismo en la construcción de Europa siguieron estando tan vivos en el XIX como siempre. A él se seguía recurriendo en busca de argumentos en defensa de los planteamientos intelectuales más dispares. Célebre es en este sentido, por traer a colación sólo un ejemplo muy citado, el debate que, apoyándose en Roma, enfrentó en Inglaterra a Gladstone y Disraeli⁴⁴. Pero no únicamente se acudió al Clasicismo como fuente de recursos en el debate intelectual. En el XIX fueron los modelos políticos y jurídicos del clasicismo romano los que sirvieron para fundamentar jurídicamente y prestar sustento constitucional a los nuevos estados nacionales que, soportados en un fuerte bagaje histórico y cultural, se constituyeron como tales por entonces; así Italia en 1870 y Alemania en 1871. También, por su propia definición, la idea de Europa fue el sustento ideológico que alimentó las más diversas tendencias, incluso algunos de los fenómenos históricos más sombríos del siglo XX.

Todavía, hasta hace no mucho tiempo, se seguía manteniendo sin discusión una visión idealizada del pasado clásico. Incluso hoy muchos podríamos sentirnos identificados con las palabras con las que José Amador de los Ríos comenzaba el manuscrito de su monografía inédita sobre Itálica de 1841: “¿Se hallan entre nosotros tan adelantadas las artes que no hayamos menester ya de los

44. *Cf.* J. Straub (1964).

antiguos modelos? ¿Hemos tocado al término la perfección moral de la sociedad y del individuo para que no necesitemos de las lecciones ni de los recuerdos de lo pasado?...”⁴⁵. Pero hoy, máxime desde la Historia, ya no podemos responder de la misma manera que se hizo durante el Renacimiento o la Ilustración. Hay que sustituir el acriticismo, la imagen estática y el interés meramente anti-cuarista, con la nueva visión que la historiografía ha sabido generar en los últimos tiempos.

Claro está que no pretendo afirmar que esta nueva visión del Clasicismo sea mérito exclusivo de los historiadores. La renovación no hubiera sido posible sin la doble confluencia de una profunda renovación conceptual y a la par metodológica. El método crítico, surgido en la Filología y adoptado por la Historia⁴⁶, y el método estratigráfico de la Geología, aplicado luego a la Arqueología, convirtió a estas disciplinas en científicas, alejándolas definitivamente de la mera literatura. Con ello, como consecuencia, los *dilettantes* fueron desterrados del oficio de la Historia. Pero si el positivismo privó de “poesía” a la Historia, por contra ésta ganó en resultados. El que a partir de entonces esta disciplina fuese sólo cosa de especialistas, así como el exigido rigor metodológico, permitieron un gran avance de nuestros conocimientos con la obtención de espectaculares resultados. A la par tuvo lugar un cambio cualitativo, como consecuencia del surgimiento de una inquietud por conocer nuevos espacios históricos: economía y sociedad, en un primer momento, junto con otros ámbitos de inquietud por la renovación del conocimiento que se les han ido sumando con posterioridad.

Como consecuencia, la Historia se encargó de mostrarnos a la Antigüedad en su desnudez histórica. Frente a planteamientos y modelos ideales acude a nuestros ojos una realidad que la Historia sacó por primera vez a la luz y fue iluminando con matices nuevos. Ello supone incorporar un corte, una cesura, que pone aparte al mundo clásico, lo sitúa en una dimensión que es convertida así en la suya propia. Frente a los modelos ideales y los valores estéticos, la Historia nos ofrece una realidad que ahora nos parece más extraña, despertando sentimientos encontrados, tanto de aloctonía, como de familiaridad. Pero asimismo, tras la revolución industrial, la Antigüedad ya no tenía nada material que aportar al avance del conocimiento. El pasado se convirtió así, por una parte en “arqueologismo”, útil casi sólo para rellenar espacios de ocio o satisfacción de inquietudes

45. Tomado de F. Fernández Gómez, coord., *Las excavaciones de Itálica y don Demetrio de los Ríos a través de sus escritos*, Córdoba 1998, p. 75.

46. La escribo ahora y más adelante conscientemente con mayúscula para referirme a la disciplina como tal y no al término en su acepción de decurso; aunque, de forma empobrecedora para una correcta diferenciación entre las diferentes acepciones de términos polisémicos y contradictoria con la claridad terminológica que ha ido consolidando y exige nuestra ciencia, la Real Academia Española en su *Ortografía de la lengua española* de 2010 haya prescrito la universal utilización de la minúscula (§ 4.2.4.8.3.1).

intelectuales. La musealización del pasado, que no es sino una forma clara de asumir su muerte.

Por otra parte también hoy hemos aprendido a ampliar el campo de visión y, si no trascender, sí al menos entender las formulaciones etnocentristas que han guiado la historiografía europea y generar fórmulas nuevas de comprensión a partir de la puesta en valor de nuevas ópticas. Por ejemplo, asumiendo que la historia de Europa no únicamente puede seguirse a través del referente de las grandezas griegas y romanas, sino también del de los *Randvölker*⁴⁷, de restringido o nulo acceso a la memoria histórica y que fueron siendo progresivamente aculturados, si no en mayor o menor medida integrados y absorbidos. Incluso visiones *a priori* tan atrayentes, aunque no tan coherentemente argumentadas, como la desarrollada en la obra de Martín Bernal, *Atenea Negra. Las raíces afroasiáticas de la civilización clásica*⁴⁸, se incorporan hoy en nuestra óptica sin la sensación rupturista de hace sólo algunos años.

3. EUROPA DESDE EL PRESENTE: UNA VERTEBRACIÓN INCOMPLETA⁴⁹

La vieja Europa expandió su idea al oeste, a América, por la colonización, al este al socaire de la expansión bolchevique y al resto del mundo por el colonialismo. De esta manera el imperialismo moderno y su fruto, el colonialismo, han dado como resultado la última “impostura” en este proceso de vertebración, por lo que se han acabado por asimilar o incluso identificar espuriamente los valores de Europa con los de Occidente, saltando barreras espaciales que otrora habían parecido tan amplias. Europa colonizó el mundo, y ha acabado siendo la europeizada Norteamérica quien se ha superpuesto a ésta, suplantándola como referente universal, con una ideología que incorpora nuevos referentes y nuevos valores.

No nos debe extrañar este fenómeno, máxime dado que desde el inicio de este texto sobre Europa he estado tratando de cuestiones de vertebración, por lo tanto de una permanente dinámica, de un proceso de interacciones muy complejo, cuyos componentes son múltiples y funcionando con ritmos diferentes. Si, no obstante, me sigo limitando en mi análisis, como me había propuesto, a Europa, no está de más recordar que la actual construcción de ésta siguió primero

47. Los pueblos fronterizos, en la terminología surgida primeramente para referirse a los colectivos allende los límites del Imperio romano y en contacto más o menos epidérmico con su civilización.

48. M. Bernal (1993).

49. La crisis económica que ha venido atenazando en los últimos años Europa, de forma más incisiva en los países meridionales, es el acicate para la expresión de reflexiones identificándola como motor o síntoma del agotamiento del proyecto europeo. Así, *e. g.* en una bibliografía inacabable, B. Consarelli, ed^a (2012), o D. S. Garrocho y V. Rocco, eds. (2013).

la senda marcada por la economía, asumida por la política, en proceso de traducción institucional y expresión altamente burocratizada y normativizada, y con mucho por andar en otros ámbitos; ya que es evidente que una plena vertebración europea está por lograr. Como consecuencia de la aceleración en el proceso de confluencia, la ampliación al Este tras la caída del telón de acero y los impactos de la crisis económica, las incongruencias de las sucesivas mixtificaciones no dejarán de seguir pasando factura, y son las que explican muchas de las encrucijadas en las que se sigue encontrando Europa.

Con todo ello Europa todavía no ha dejado de ser proyecto. Europa sigue estando en construcción. Por mucho que la crisis esté haciendo saltar costuras débil o erróneamente hilvanadas, soy de los que entiende que no es esencialmente Europa como tal el problema —aunque mucho de él se ha hecho sentir precisamente por las imperfecciones en el proceso de su traducción político-administrativa como Unión Europea—, y que, antes al contrario, hace más frío fuera que dentro. Por ello hace falta seguir vertebrando Europa, pero no como ciego objetivo y a cualquier costa y de cualquier manera; y aquí la función del intelectual y del educador es fundamental. Es por tanto éste el momento de preguntarnos qué es lo podemos aportar a esta construcción de Europa los que reivindicamos, por convencimiento y congruencia personal y profesional, el Clasicismo como ideal y referente. Ser europeos es así en cierta medida el deseo de ser conceptuados y aceptados como tales, es una voluntad fundada en el hecho de compartir un espacio que nos delimita y una trayectoria histórica plural y convergente.

Los que compartimos una misma experiencia histórica también podemos participar de una mayor intimidad, una familiaridad, y, si se quiere, una complicidad a través de los tiempos. Compartir el pasado enriquece por una ampliación de nuestra experiencia. El mero hecho de intentar explicar este pasado adquiere así un valor *per se*. Si sabemos lo que del pasado y concretamente del Clasicismo nos separa, no deberíamos olvidar lo que nos sigue uniendo y lo que son fermentos compartidos. En el pasado podemos encontrar argumentos, tan ricos y variados como lo ha sido nuestra historia. Nos permite entender la dinámica, en su sentido etimológico de *δύναμις* = fuerza en potencia, de Europa plena de capacidades manifestadas creativa o destructivamente a lo largo de su historia. Caos con pretensiones de cosmos.

A la par, desde la vertebración europea, uno de los elementos que nos unen a lo clásico es precisamente que ellos y nosotros tenemos una comprensión “histórica” de la realidad. La historia como valor y fórmula de comprensión identifica profundamente a los europeos. Lo impregna todo. La historia es una obsesión de la cultura europea, un continuo referente. En ella estriba a la vez su fuerza y su debilidad. Nos abrumba con su peso, pero nos señala a la par el potencial de liberación que encierra.

La experiencia del pasado es, como hemos dicho, la dinámica, la tensión. Tensión entre el individuo y los valores del humanismo por una parte, y el ejercicio del control social por otra. Por ello el tema del poder adquiere un valor central en la comprensión del pasado clásico, y su análisis puede ser una de las cuestiones de mayor operatividad y valor para el futuro de Europa. Pero es a la par en el pasado clásico donde tuvo lugar el desenlace entre las concepciones prepolíticas, políticas y suprapolíticas o estatales en la organización del colectivo.

Es también el Clasicismo, rico en experiencias de intentos de convivencia en un mundo plural, donde llegaron a ser compatibles las tendencias a la homogeneidad con el mantenimiento de parcelas de especificidad. Donde se entiende posible como modelo la convivencia entre las tendencias a la homogeneidad organizativa y la creación de grandes cuerpos normativos⁵⁰ y la heterogeneidad cultural, suavizada por un común interés en la paulatina compartición de similares modelos ideológicos. Donde no queden excluidas las posibilidades de enriquecimiento cultural por la vía de la complementariedad.

De ninguna manera estoy preconizando con esta argumentación la “vuelta” al pasado clásico, por supuesto, ni por deseable —con tantas sombras como encierra el pasado de Europa—, ni por posible. Evidentemente la historia tiene una sola dirección. El pasado pertenece a una dimensión que no es la nuestra, irremisiblemente pasada y como tal irrecuperable. A mayor abundamiento, nada así más falaz y colectivamente suicida que pretender pasar como proceso de “recuperación” lo que no sería en realidad sino una invención de un pretendido pasado tan forzosamente idealizado como históricamente artificioso por inexistente. Tal planteamiento, que sólo puede servir a los intereses de una casta fomentadora de la generación artificial de insolidarios nacionalismos secesionistas, que espuriamente se pretenden imponer en el interior de la Unión, sería, no sólo empobrecedor como forzamiento político, sino, más aún, suicida para el futuro de Europa y no sólo para los estados nacionales que la componen.

Insisto, no sólo en la inexistencia de recetas, de guías infalibles para el desarrollo de un proyecto de solidaridad voluntaria como el que la construcción de Europa preconiza, sino también en la necesidad de ampliar y profundizar en una vertebración europea inconclusa. Ello significa volver ahora también hacia dentro unas energías que Europa, por su papel histórico, ha proyectado muchas veces hacia afuera. Si pretendemos construir el futuro sobre unas raíces sólidas hay que partir de algo que hemos visto ya. La elasticidad de la concepción de Europa también se fundamenta en el hecho de que ningún pueblo, ninguna raza, ninguna colectividad dentro del continente han gozado, ni gozan del patrimonio de definirse en exclusiva como “europeos”. No existe lo que podemos calificar de

50. E. Vilarinho (1996).

típico europeo. Hay multitud de maneras de ser y sentirse europeos. Nos encontraríamos tal vez con sorpresas analizando quienes y en qué medida se sienten europeos y quienes no; y quienes, considerándose europeos, son aceptados o excluidos como tales por el resto.

Cumplidos los requisitos de ubicación territorial y compartición de historia y cultura, europeo sería así quien, además, tiene voluntad de serlo. La conciencia de sentirse europeo, de desigual calado en función de los beneficios que de ello se asuman, resulta por lo tanto tan frágil y cambiante como los vaivenes de las coyunturas. La construcción de Europa como voluntad de los europeos —transformando en complementariedad las alteridades previas— exige asumir como natural la convivencia y pasa por la generación de fórmulas que hagan posibles a la par la homogeneización organizativa y el mantenimiento de la pluralidad cultural.

Este aparato, en difícil e inestable equilibrio, cuenta al menos en su haber con el peso de una historia común, expresada en tantos y tantos *lieux de la mémoire*⁵¹ que los europeos podemos sentir como propios y compartidos. Aquí, el Clasicismo, como construcción y referente ideal, se nos vuelve a aparecer como nexo operativo en una Europa plural y multiforme. Nos puede unir tanto el tener un pasado clásico común, como el común interés por el clasicismo como ideal. La imagen de un pasado clásico continuamente reconstruido e imaginado sería así una seña coherente de identificación de Europa. De la misma manera que la vieja ciudadanía romana, que acabó siendo un concepto estrictamente político, común para un amplísimo cuerpo cívico que podía compartir también sus múltiples ciudadanías locales, también la ciudadanía europea complementa la adscripción nacional sin exigir la exclusión de ésta.

Buscábamos una explicación razonable acerca de Europa, pero lo que se acaba de presentar entra dentro de la órbita del mito. No creo sin embargo que ésta tenga que ser una respuesta decepcionante. El “clasicismo”, no por referente ideal resulta menos operativo como fermento de unidad entre los europeos. Es necesario aprovechar el potencial del mito como fuerza de cohesión, su indefinición como herramienta de aceptabilidad por muchos, quienes desde la variedad y la heterogeneidad nos sentimos vinculados e identificados con él. La elucubración a partir del pensamiento clásico supone incorporar éste, poner el pensamiento de Europa en una línea conductora única, fermento de unidad espiritual. Los pueblos necesitan soportes, ilusiones, creencias, que les permitan encarar el futuro sin traumas. Las virtualidades del mito, con todo el potencial

51. Los “lugares de la memoria” del título de la serie dirigida por Pierre Nora refiriéndose, al tratar de la memoria colectiva, tanto a espacios materiales concretos, como a referentes abstractos intelectualmente contruidos y valorados colectivamente, por lo que escapan así al olvido.

creativo que éste encierra, pueden reconducir hacia el futuro unos ideales que permiten trascender el presente.

Europa, ejercicio de vertebración solidaria, sigue siendo un proyecto inacabado⁵². El reto ahora estriba en probar su capacidad de equilibrio. Las tensiones liberadas en el antiguo conflicto Norte-Sur⁵³, hoy se han trasladado al norte, invirtiéndose los términos. En lo que es algo más que un juego de palabras, Roma —esto es, el Mediterráneo— se ha convertido en el sur, frente a un nuevo norte. Por ello lo que antes había tenido el potencial del norte, hoy disfruta, pero también se resiente de las virtualidades del sur. La ampliación al este, si bien completa el panorama, también lo hace más plural y complejo.

En la búsqueda del equilibrio, tanto por convencimiento como por necesidad, es donde el Clasicismo se puede mostrar hoy renovadamente rentable. Amén de los problemas económicos, en una coyuntura que no aún no deja de atosigarnos, y por encima de ellos están los problemas culturales y sociales. Pero para éstos no se pueden encontrar soluciones tecnológicas, sino sólo intelectuales y morales. El humanismo que nació en el Mediterráneo es el único que desde dentro permitirá humanizar a una sociedad guiada por parámetros económicos, esclerotizada por excesos políticos y abusivos ordenancismos normativos y burocráticos, y sometida a los que se nos aparecen como imposibles equilibrios entre los Estados y entre éstos y los organismos comunitarios. Hoy, cuando con muchos esfuerzos y dificultades desde diferentes ámbitos se mantiene a pesar de todo —con más o menos entusiasmo o mayor o menor escepticismo— el empeño por construir una nueva forma de entender Europa, con la pretensión y el deseo para muchos de que ésta fuera más cohesionada y solidaria, una Europa donde sea factible compaginar unidad y diversidad, surge recurrente, como en otros tantos momentos de crisis creativa a lo largo de nuestra dilatada historia común, el modelo clásico. Su utilidad puede manifestarse de nuevo en favor nuestro si llegamos al convencimiento de que, tal vez sólo con el bagaje intelectual de la asunción de nuestro pasado, debemos y podremos contribuir a reequilibrar esta nueva Europa con los valores del Clasicismo. Por esto lo necesitamos como símbolo, por esto a Europa le resulta imprescindible el referente de lo que ha sido este pequeño trocito de un mundo que se ha hecho demasiado grande y demasiado prosaico, tan falto de viejos misterios como escaso de nuevas ilusiones.

52. Así el título de la obra de Z. Bauman (2004).

53. Las viejas dialécticas Roma-Cartago, Europa cristiana-Imperio musulmán.

BIBLIOGRAFÍA

- Alföldy, G. (1999): *Das Imperium Romanum – Ein Vorbild für das vereinte Europa?*, Basilea (versión inglesa actualizada: “The Imperium Romanum: A Model for a United Europe?”, en A. Chaniotis, A. y Ch. Kuhn, eds., *Comparisons, Constructions, Controversies*, HABES 46, Stuttgart 2009, pp. 57-82).
- Bauman, Z. (2004): *Europe: An Unfinished Adventure*, Cambridge 2004 (trad. española: *Europa, una aventura inacabada*, Madrid 2006).
- Bernal, M. (1993): *Atenea Negra. Las raíces afroasiáticas de la civilización clásica*, Barcelona.
- Berve, H. (1949): „Der Europa-Begriff in der Antike“, en *Gestaltende Kräfte der Antike. Aufsätze zur griechischen und römischen Geschichte*, Múnich, pp. 170-187.
- Brague, R. (1995): *Europa, la vía romana*, Madrid.
- Canfora, L. (1991): *Ideologías de los estudios clásicos*, Madrid.
- Cobet, J. (2008): „Alte Geschichte und Europa“, en U. Ludwig, ed., *Nomen et Fraturnitas*, Berlín, pp. 407-429.
- Consarelli, B., ed^a (2012): *L’Europa “una” e “multanime”: un problema ancora aperto*, Padua.
- Dahlheim, W. (1998): „Ratlose Erben: Die Erinnerung an die Antike und die Zukunft Europas“, en P. Kneissl y V. Loseman, eds., *Imperium Romanum. Studien zur Geschichte und Rezeption. Festschrift für Karl Christ zum 75. Geburtstag*, Stuttgart, pp. 105-122.
- Demandt, A. (1988): „Was wäre Europa ohne die Antike?“, en P. Kneissl y V. Losemann, eds., *Alte Geschichte und Wissenschaftsgeschichte. Festschrift für Karl Christ*, Darmstadt, pp. 113-129.
- (1998): „Europa: Begriff und Gedanke in der Antike“, en P. Kneissl y V. Losemann, eds., *Imperium Romanum. Studien zur Geschichte und Rezeption. Festschrift für Karl Christ zum 75. Geburtstag*, Stuttgart, p. 137-157.
- Delgado, M. y M. Lutz-Bachmann, eds. (1995): *Herausforderung Europa. Wege zu einer europäischen Identität*, Múnich.
- Droit, R.-P., ed. (1991): *Les Grecs, les Romains et nous. L’Antiquité est-elle moderne?*, París.
- Fuhrmann, H., C. Zintzen y J. Isensee, eds. (1996): *Europa – Idee, Geschichte, Realität (2. Symposion der deutschen Akademien der Wissenschaften)*, Maguncia.
- Gabba, E. (1995): *Cultura classica e storiografia moderna*, Bolonia.
- Garrocho, D. S. y V. Rocco, eds. (2013): *Europa: tradición o proyecto*, Madrid.
- Gauer, W. (1995): „Europa und Asien. Die Entdeckung der Kontinente und die Einheit der alten Welt“, *Saeculum* 46, pp. 204-215.
- Girardet, K. M. (2001): *Die Alte Geschichte der Europäer und das Europa der Zukunft. Traditionen–Werte–Perspektiven am Beginn des 3. Jahrtausends*, Saarbrücken.
- Gollwitzer, H. (1951): „Zur Wortgeschichte und Sinndeutung von «Europa»“, *Saeculum* 2, pp. 161-172.

- Gottlieb, G. (1997): „Erbe als Last? Die Antike im Kontext unserer Kultur“, en *Von der Macht der Geschichte. Drei Beiträge zu m theoretischen und praktischen Umgang mit der Geschichte*, Múnich, pp. 13-36.
- Hay, D. (1957): *Europe. The emergence of an Idea*, Edinburgo.
- Hentsch, T. (1988) : *L'Orient imaginaire. La vision politique occidentale de l'Est Méditerranéen*, París.
- Herrmann, J. y R. Müller, eds. (1990): *Die Antike und Europa. Zentrum und Peripherie in der antiken Welt. Protokoll der Berliner Eirene-Tagung vom August 1986*, Berlín (*Schriften zur Geschichte und Kultur der Antike*).
- Holtmann, D. y P. Riemer, eds. (2001): *Europa: Einheit und Vielfalt. Eine interdisziplinäre Betrachtung*, Münster.
- Karageorgos, B. (1992): „Der Begriff Europa im Hoch- und Spätmittelalter“, *Deutsches Archiv* 48, pp. 137-164.
- Kienast, D. (1991): „Auf dem Wege zu Europa. Die Bedeutung des römischen Imperialismus für die Entstehung Europas“, en H. Hecker, ed., *Europa – Begriff und Idee. Historische Streiflichter*, Bonn, pp. 15-31.
- Kneissl, P. y V. Loseman, eds. (1998): *Imperium Romanum. Studien zur Geschichte und Rezeption. Festschrift für Karl Christ zum 75. Geburtstag*, Stuttgart.
- Malitz, J. (2003): „Imperium Romanum und Europagedanke“, en A. Michler y W. Schreiber, eds., *Blicke auf Europa: Kontinuität und Wandel*, Neuried (*Eichstätter Kontaktstudium zum Geschichtsunterricht* 3), pp. 79-101.
- Münkler, H. (1991): „Europa als politische Idee. Ideengeschichtliche Facetten des Europabegriffs und deren aktuelle Bedeutung“, *Leviathan* 19, pp. 521-541.
- Pagden, A., ed. (2002): *The Idea of Europe. From Antiquity to the European Union*, Cambridge (*Woodrow Wilson Center series*).
- Rodríguez de la Peña, M. A. (2009): „¿Media tempestas? Las raíces cristianas de Europa y la Leyenda Negra de la Edad Media“, en M. A. Rodríguez de la Peña y F. J. López Atanes, eds., *Traditio Catholica. En torno a las raíces cristianas de Europa*, Madrid, pp. 15-44.
- Säid, E. (1980): *L'orientalisme. L'Orient créé par l'Occident*, París.
- Schlumberger, J. A. (1994): „Europas antikes Erbe“, *Europa – aber was ist es? Aspekte seiner Identität in interdisziplinärer Sicht*, Colonia, pp. 1-19.
- Schulhoff, W. (1997): *Europa auf dem Weg zur Selbstfindung. Eine historische und politische Betrachtung*, Baden-Baden.
- Sordi, M., ed^a (1986): *L'Europa nel mondo antico*, Milán.
- Steiner, G. (2005): *La idea de Europa*, Madrid.
- Straub, J. (1964): „Imperium et libertas. Eine Tacitus-Reminiscenz im politischen Programm Disraelis“, en K. Repgen y St. Skalweit, eds., *Spiegel der Geschichte. Für Max Braubach zum 10. April 1964*, Münster, pp. 52-68.
- Swedberg, R. (1994): „The Idea of 'Europe' and the Origin of the European Union - A Sociological Approach“, *Zeitschrift für Soziologie* 23, pp. 378-387.
- Vilariño, E. (1996): *La construcción de la Unión Europea*, Madrid.